

La memoria y sus dilemas

Ludmila da Silva Catela

Todos sabemos que, como en un álbum de familia o como objetos que heredamos de nuestros antepasados, la memoria carga con la identidad y con los recuerdos. En los álbumes de familia se registran los “buenos momentos”, se ocultan las peleas y disputas familiares; pasan al olvido aquellos hechos cotidianos que “no merecen” ser registrados, preservados, y se silencian los secretos y tabúes que avergüenzan a la familia. Los objetos que heredamos pueden estar ocultos en el fondo de un cajón, llenos de polvo en un cuarto y, de repente, por un evento fortuito, por nostalgia, por preguntas de las nuevas generaciones, por situaciones afectivas punzantes o por placer, pueden volver a la luz para ser apreciados durante un tiempo. Su sola presencia provocará memorias de una historia familiar, evocará una identidad colectiva o, por el contrario, no generará nada. Sin embargo, ni el álbum de fotos refleja *la* realidad de lo retratado, ni los objetos retienen el ambiente en los que fueron usados ni las causas, el sentido o la historia del momento en el que fueron adquiridos. Ellos están restringidos a los limitados y arbitrarios significados que *hoy* somos capaces de refractarles; están a merced de una dialéctica incesante entre pasado y presente; es decir, a una relación de tiempo que varía según los momentos, individuos y grupos que gravitan en torno a ellos. En ese vaivén caen en el olvido ciertos hechos e ideas y se recuperan representaciones más estables, pero que, como en los mitos, nunca se tornan presentes del mismo modo. La memoria resuelve pues la tensión homeostática entre el recuerdo, el olvido y el silencio.¹

No son otros los procesos cognitivos y culturales que subyacen a la producción de la memoria



9

Óscar Muñoz. *Paístiempo*. Pirograbado sobre papel periódico. 33 x 56 cm. c/u. Fotografía ©Thierry Bal, 2008

de un grupo, pueblo o nación. La memoria familiar es un laboratorio de ideas y recursos, para imaginar y reconstruir aquello que en una nación se produce y construye en torno a la idea de memoria, a lo que se recuerda, lo que se silencia u olvida. Producto de la interacción y construcción entre la subjetividad de los individuos y las normas colectivas, sociales, políticas, religiosas y jurídicas, el trabajo de la memoria fabrica las identidades sociales, enunciando tanto lazos de pertenencia, como relaciones de diferenciación, conflicto y poder.

¿Por qué es necesario recordar? El historiador francés Vidal-Naquet responde a esta pregunta de manera simple y contundente: “la

memoria es fundamental para la formación de la identidad de un pueblo, una nación, un Estado. La historia la escriben los historiadores, pero la memoria es la transmisión de vivencias particulares y personales".² De allí su poder simbólico y su naturaleza social y conflictiva. Pierre Nora completa esta respuesta y resalta que la memoria, a diferencia de la historia, se caracteriza por sus reivindicaciones de *emancipación y liberación*, a menudo popular y siempre contestataria. Por otro lado, resalta que se reivindica, como la historia de aquellos que no tuvieron derecho a la Historia y reclaman su reconocimiento.³

El concepto de memoria y su génesis

El concepto de memoria, tal cual lo conocemos en la actualidad, referida a procesos sociales o colectivos de reconstrucción del pasado desde el presente, una categoría tanto sociológica como de uso social y de problematización de cuestiones éticas y políticas, nació a comienzos del siglo XX, en un campo de debates entre sociólogos, psicólogos, filósofos y escritores europeos, preocupados, primero, con la crisis desatada por el cambio y conversión de las sociedades rurales a las sociedades urbanas y, luego, por el impacto de la Primera Guerra Mundial.

Se puede señalar que, hacia fines del siglo XIX e inicios del XX, la cultura europea estaba abocada al intento de examinar el tema de la memoria. La obra de Maurice Halbwachs, con sus conceptos de memoria colectiva y cuadros sociales de la memoria fueron fundantes en este campo de estudios. Es importante resaltar que la vida del creador del concepto estuvo atravesada por la tragedia de las muertes de la Primera Guerra Mundial y luego por el nazismo que atacó a toda su familia: sus dos hijos, Francis (1914) y Pierre (1916), que se habían unido a la resistencia francesa, fueron deportados; el 23 de julio de 1944 fue arrestado por la Gestapo mientras

ayudaba a escapar a su mujer y, en agosto de ese mismo año, lo deportaron al campo de concentración de Buchenwald donde murió el 16 de marzo de 1945. Jorge Semprún, en su libro *La escritura o la vida*, relata que "evidentemente Maurice Halbwachs no tenía ganas de nada, ni siquiera de morir. Estaba más allá, sin duda, en la eternidad pestilente de su propio cuerpo en descomposición. Lo abracé, acerqué mi cara a la suya y sentí cómo me envolvía el olor fétido de la muerte que crecía en su interior, como una planta carnívora, flor venenosa, deslumbrante podredumbre".⁴

Es a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial, y luego del impacto social causado por los recuerdos traumáticos y lacerantes de los testimonios de las víctimas del Holocausto, cuando la memoria adquiere un rol fundamental, ligado a las nociones de situación límite y trauma y se erige en una herramienta de demanda de justicia y verdad, emancipación y lucha, responsabilidad y compromiso. Se puede decir que recorre un camino paralelo al concepto de derechos humanos, nacido a partir de este contexto y rápidamente declarados estos como "universales". El Holocausto y, principalmente, los testimonios y las experiencias relatadas por aquellos que lo vivieron, iluminaron la memoria social y colectiva de esa experiencia como un modelo que años más tarde funcionó y funciona como una matriz, para comprender las violencias, las acciones de los estados terroristas en toda América Latina. Puede decirse que la noción de memoria adquirió el poder de una bandera "universal" de lucha política, moral y ética.

Un campo de estudios en América Latina

Pasados algunos años, el estudio de la memoria adquiere un uso masivo y explosivo a partir de los relatos de las víctimas del Holocausto, sistematizándose su uso en las ciencias sociales, a

partir de los años setenta con diversos proyectos universitarios de archivos de historia oral y testimonial. En América Latina, el concepto de memoria nace en los años ochenta como reivindicación y bandera política de manos de los organismos de derechos humanos y es tomado como categoría analítica en los años noventa por sociólogos, antropólogos y, posteriormente, por historiadores, para analizar principalmente el problema de la historia reciente, la situación límite vivida frente a la violencia política y social, el drama de la desaparición, la tortura, los centros clandestinos de detención, los desplazamientos y los exilios.

La producción de un pensamiento autónomo y crítico, con relación a la experiencia vivida durante las décadas del 50-90 en los países de América Latina, tiene diversas líneas de estudio y ya constituye un campo de debates con historia y linajes que proveen marcos interpretativos, más allá de los modelos extranjeros, que durante un tiempo predominaron para comprender nuestras heridas pasadas y fundamentalmente nuestro presente. Tal vez una característica particular de este campo sea la confluencia de generaciones de investigadores que se plantean preguntas muy diversas sobre los años 50 a los años 90. Sin embargo, su marca más profunda es aquella que señala que cuando hablamos de memoria, en general lo hacemos desde un punto de vista de las memorias políticas. Como categoría, está monopolizada por sus referencias a los períodos de violencia, terrorismo de Estado y gobiernos dictatoriales, a las situaciones extremas de asesinatos, desaparición, tortura, exilios, violencia socio-política donde los silencios y tabúes poco a poco se van desarmando y, si bien hasta entrada la década del noventa, casi no había lugar para la memoria, en plural, sobre la que se desentrañaba una oposición binaria victimas-victimarios, actualmente ella ocupa el centro de la escena y, si bien predominan los recorridos por las memorias dominantes, centrales, de las grandes ciudades, poco a poco

las memorias locales, subterráneas, invisibilizadas, negadas, aparecen para desestabilizar las más cristalizadas.

Sin embargo, creo que todavía permanecen muchos silencios por indagar; uno de ellos se refiere a los grupos humanos que tienen menos poder para imponer sus memorias en el espacio público: ¿dónde residen las memorias de los campesinos y los indígenas masacrados, asesinados, desaparecidos en los diferentes períodos de violencia política? ¿Por qué no hay (o son escasos) registros, testimonios, memorias, denuncias sobre sus asesinatos y desapariciones? ¿Será por el dominio de la historia sobre la memoria, de lo escrito sobre lo transmitido oralmente? Hay muchas memorias negadas en nuestros países, las memorias locales, las memorias populares, las memorias villeras, las memorias de los grupos más vulnerados y dominados social y políticamente. Sin duda, los procesos de memorias, como otras esferas y prácticas humanas están atadas a las asimétricas relaciones de poder, a los procesos de racismo oculto en nuestras sociedades y a las manifestaciones patriarcales de quien tiene voz en el espacio público.

11

Referencias

- 1 En "Funes el memorioso", Borges planteó de modo claro la necesidad del olvido como posibilidad de la memoria.
- 2 Vidal-Naquet, P. (1994). *Los asesinos de la memoria*, México, Siglo XXI, p. 85.
- 3 Nora, P. (2009). *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*, Santiago, Trilce.
- 4 Semprún, J. (1995). *La escritura o la vida*, Barcelona, Tusquets.

Ludmila da Silva Catela. Profesora e investigadora del Instituto de Antropología de Córdoba (IDACOR) de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), e investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de Argentina.